

—¿Pero y el otro?

—Sin duda,

cual hice á Uraga notar,
sin duda al extraordinario
que venia para acá,
aprehender logró Carriedo
sin que entrara á Michoacan.

—Vamos al punto á buscarlo
que en el Agua Blanca está.

—Anda tú, porque es muy justo
su placer no retardar;
aquí esperamos nosotros.....

Anda, despues los sabrás.

Llegó Soler á la guardia
casi amaneciendo ya,
y los nuevos compañeros
volvieron á la ciudad.

XIV.

EPILOGO.

Tale ascendeva la bell'alma al cielo.
MONTI.

Sombrío y triste el convento
se alza como inmensa tumba
en la plaza, dominando
la plateada laguna.
Como un espejo brillante
se mira desde esa altura,
y las barcas, que sus ondas
sin cesar ligeras surcan,
parecen aves acuáticas
que la superficie enturbian.
Triste es la ciudad de Pátzcuaro,
sus calles apenas cruzan
algunos cuantos transeuntes
que en silencio se saludan.
Sus plazas están desiertas,
las calles se encuentran mudas,

los edificios no abren
puertas ni ventanas nunca,
y en todo reina el silencio
que reina en la sepultura.
Ver se creyera una Laura
de la Armenia ó de la Nubia,
que cenobitas austeros
antes de morir sepultan.

Es en vano que la atmósfera
siempre sonriendo pura
abra paso al sol de día
y en las noches á la luna;
en vano por todos lados
hace brotar la natura
flores que alegran la vista
y aguas que corren fecundas,
y envia preciosas aves
de las mas brillantes plumas;
en vano garzas rosadas
y pelícanos abundan,
y de colibrís, bandadas
en los árboles se ocultan.
Nada hace que la tristeza
y el silencio se interrumpan,
si no es acaso de un órgano
la voz sonora y augusta,
que vibrando bajo el templo

el mudo silencio turba,
ó el tañir de una campana
que pausadamente anuncia
la hora de orar, á los fieles
que recogidos la escuchan.

Dominando la gran plaza
con sus paredes oscuras,
se alza el convento de monjas
como una gigante tumba.
Ya tenian la ciudad
los imperiales por suya,
y ya las monjas vivian
bajo la claustral coyunda.
¡Cuántas jóvenes huyendo
de la vida y sus angustias
buscaban allí el asilo
de la religion augusta,
ángel que bajo sus alas
los inocentes escuda!

En una celda bien triste,
y mas triste por lo oscura,
sobre un lecho recostada
estaba una moribunda.
La ropa de las novicias
todo el cuerpo cubre púdica,
y con la tez de su rostro
compitiendo está en blancura.

Está sola; sus hermanas
están en el coro juntas,
y de su rezar pausado
monotono el son se escucha.

Se incorporó la novicia,
trémula avanza y convulsa;
parece que es un fantasma
alumbrado por la luna.
Va á una mesa, vacilante
su mano toma una pluma
y escribe..... escribe á su madre,
á quien ama con ternura.

Nadie hubiera adivinado
tal fuerza en ella; sin duda
solamente la sostiene
la ardorosa calentura:

“El alma sin ilusion,
pero el corazon en calma
vivía, tranquila el alma
y tranquilo el corazon.

Dichosa entonces vivía
y la vida deseaba.....

Es cierto que no gozaba
pero tampoco sufría.

Era dichosa mi suerte,
que aunque muerto el corazon,
gozaba sin emocion

las dulzuras de la muerte.
Pero amé..... ¿Para qué amé?
y gocé de luz, de vida;
y al sentir que era querida
el cielo entero gocé.
La esperanza bienhechora
con amor me sostenía,
mientras yo la sonreía
en quietud embriagadora.
El amor tierno lo quiso,
él me adornó con sus galas
y me condujo en sus alas
al medio del Paraíso.
Allí mi alma gozaba
en éxtasis ardoroso;
y hallé el Eden mas hermoso
porque EL á mi lado estaba.
Mas de repente tirano
el destino furibundo
me trajo de nuevo al mundo
á una señal de su mano;
y me dió un dolor eterno
por mi dicha transitoria,
pues caí desde la gloria
como Luzbel, al infierno.
¿Dónde están aquellos dias
en que me dió Amor sus flores?

¿En dónde están mis amores?
 ¿Dónde están mis alegrías?
 Tengo el corazon herido
 como Eva ya pecadora.....
 Ay, yo tambien lloro ahora
 mi Paraíso perdido!"

Ya no pudo continuar,
 soltó su mano la pluma
 y ella cayó; las hermanas
 llegan y en vano es que acudan,
 porque al llegar encontraron
 á Sor Pilar ya difunta.

EL

AMOR DE ULTRATUMBA

A broth of a boy.

BYRON.—*Don Juan*—Canto VIII.

A LOS SEÑORES

D. MANUEL PAYNO

Y

D. Faustino G. Chimalpopoca.

Guanajuato de 1870

Ramon Valle